

RESÚMENES / ABSTRACTS



LOS TRES
de Álvaro del Amo



Fragmento

*«Every day
Differs from other, every hour and minute;
Ay, every thought in our false clock of life
Of times inverts the whole circumference:
We must be sometimes one, sometimes another.»*

(George Champan, *Bussy D'Ambois*, acto III, escena 1)

RESÚMENES / ABSTRACTS

Tres personajes:

EMILIO y MARISA, un hombre y una mujer maduros.

RITA, una mujer más joven, con la diferencia de edad suficiente para que pueda ser hija de los adultos.

Se sugerirán los distintos ambientes con el mínimo de elementos y el concurso de la iluminación. Cada escena puede acabar en el convencional oscuro, en el aún más convencional telón o, simplemente, con un bien marcado cambio de luz. Si el teatro dispone de plataforma giratoria encontraría aquí una excelente ocasión para demostrar su eficacia.

RESÚMENES / ABSTRACTS

1. INTERIOR BURGUÉS ACOMODADO. NOCHE.

(Oscuro.

Se abre una puerta, que deja entrar la claridad del exterior; enseguida encienden luces los que regresan a su casa, vestidos de fiesta, cansados y joviales.

RITA se sienta desmadejadamente.

EMILIO mira a RITA con indisimulado cariño.

MARISA pregunta.)

MARISA.— ¿Queréis tomar algo?

RITA.— Estoy completamente desvelada. Con tanto discurso y tanto brindis casi se me olvida lo que celebrábamos.

EMILIO.— Celebrábamos mucho.

(MARISA, al ver que no responden a su pregunta, anuncia, antes de retirarse.)

MARISA.— Yo me voy a hacer una manzanilla.

RITA.— ¿Qué celebrábamos?

EMILIO.— Tu título, tu noviazgo, las bodas de plata de tus padres, la confirmada mejoría de mamá. Una noche, desde luego, inolvidable.

RITA.— Demasiada gente. Yo hubiera preferido, y lo dije, celebraciones especializadas.

EMILIO.— Yo también estoy excitado. Tantas alegrías juntas resultan difíciles de soportar.

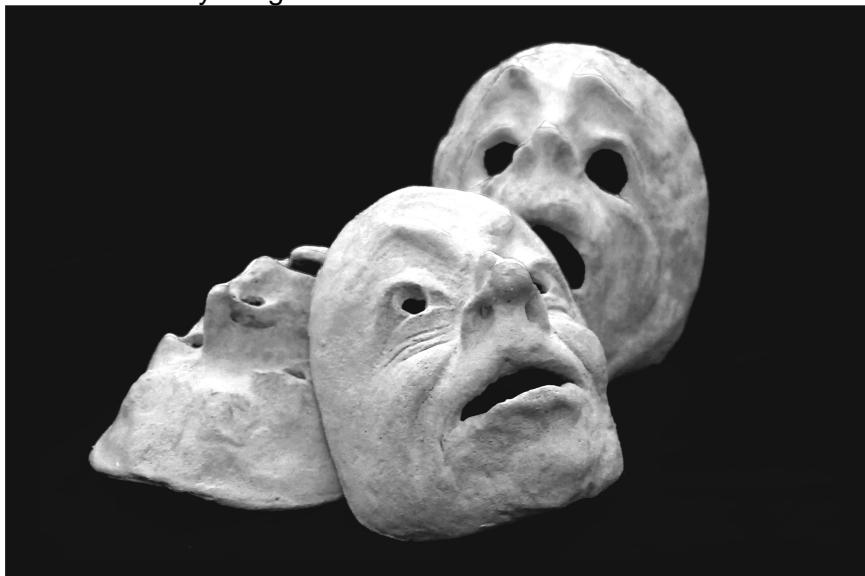
(Vuelve MARISA con una taza en la mano y se sienta, fatigada.)

MARISA.— ¿Alegrías? Calla, calla, que por poco me echo a llorar.

RESÚMENES / ABSTRACTS

(Los tres se miran. EMILIO, siempre animoso, acude a servirse una copa.)

EMILIO.– Pues yo seguiría la fiesta.



RITA.– Vamos por partes. El título no me va a servir para nada. He decidido romper con Arturo. Celebrar unas bodas de un metal precioso cuando os detestáis no tiene sentido. Y la mejoría de mamá no la veo por ninguna parte; se va a morir muy pronto, por muchas copas de champán que levantemos con los dedos temblorosos.

(MARISA bebe de su taza a pequeños sorbos; sonrío, aliviada.)

MARISA.– La verdad siempre me ha hecho mucho bien. Es para mí la mejor medicina.

EMILIO.– La verdad, la verdad, qué manía con la verdad. Yo lo he pasado estupendamente y no estoy dispuesto, queridas mías, a que me chaféis la velada.

(EMILIO se ha servido una copa y se acerca a MARISA, sentada bebiendo su infusión. Él toca levemente, con la punta de los

RESÚMENES / ABSTRACTS

dedos, el pelo de ella.)

EMILIO.— Qué finura, la misma de la que me enamoré.

MARISA.— Una leve espuma rubia, decías.

EMILIO.— No existen, ni han existido nunca, unos cabellos de tal calidad. Oro puro.

(RITA observa a los adultos fijamente.)

RITA.— Yo no he heredado ni el pelo maravilloso de mamá ni el buen carácter de papá. ¿Qué tengo yo de vosotros, si puede saberse?

EMILIO.— No te hemos creado a nuestra imagen y semejanza.

MARISA.— Si es cierto que me queda poco, no quiero que asistáis a mi ruina. Antes de verme calva, no sé, me tiro por la ventana.

(EMILIO se inclina y besa con unción la cabeza de MARISA; ella, en un gesto enérgico, le echa los brazos al cuello y lo atrae hacia sí para besarlo apasionadamente; la taza de ella y la copa de él se estrellan contra el suelo.)

RITA.— Siempre he creído que os detestabais. Empiezo a pensar que he vivido equivocada.

(EMILIO y MARISA aparecen radiantes, después de su beso.)

MARISA.— El odio es la sal del amor, hija mía. No me extraña que estés harta de Arturito; si aún no has conseguido aborrecerlo un poco, comprendo que no te cases con él.

EMILIO.— Bueno, bueno, no todo está perdido. Nosotros, ¿verdad, cielo?, al principio sólo nos queríamos. El rencor llegó después.

MARISA.— La dependienta aquella.

EMILIO.— Tu tendencia al aburrimiento.

MARISA.— Esa debilidad, una cobardía congénita, la más completa indiferencia ante todo lo humano y lo divino.

EMILIO.— La alcoba de la señora cerrada a cal y canto. Sin ahorrarme un solo tópico: la jaqueca, el posparto, el cansancio, los ronquidos, el contagio... yo, que jamás he puesto los pies en un burdel.

RESÚMENES / ABSTRACTS

(MARISA y EMILIO *intercambian una sonrisa, antes de dirigirse a RITA.*)

MARISA.— Tiene razón tu padre, no todo está perdido.

RITA.— Unos papás tan de acuerdo en todo no dejan de ser un peligro. Avasalláis, arrasáis, os aseguro que no dejáis títere con cabeza. Lo de «en la salud y en la enfermedad» se ve que lo vivís al pie de la letra.

EMILIO.— La clave está en la enfermedad. Todo es enfermedad. El matrimonio, el embarazo, los hijos, la vida misma, una plaga sin remedio conocido.

MARISA.— No le digas esas cosas a la niña, papaíto.

EMILIO.— Cuanto tiempo sin oírte.

MARISA.— Lo de «mamá» en tus labios me repateaba. Llamarte «papaíto» fue una forma de contraatacar.

EMILIO.— Mis padres, que fueron muy felices, se trataban así. «Mamá, papá. Papá, mamá», a todas horas. Mis hermanos y yo no sabíamos cómo llamarlos; parecía que sólo ellos tuvieran derecho a utilizar tal denominación.

MARISA.— Ni yo soy tu madre, ni tú mi padre, a ver si nos enteramos de una vez.

(RITA *se levanta y, jovialmente, se acerca a los adultos.*)

RITA.— Pues claro que no. Aquí sólo hay un padre y una madre, vosotros dos, que lo sois, padre y madre me refiero, gracias a mí, vuestra hija, vuestra única hija.

(EMILIO *abre los brazos en actitud patriarcal.*)

EMILIO.— Dejad que las niñas se acerquen a mí.

(MARISA y RITA *se acercan contentas a EMILIO y los tres se funden, riendo, en un entusiasta abrazo. Luego, MARISA sale con paso fatigado, ante la mirada preocupada de los otros dos.*)

RESÚMENES / ABSTRACTS

2. INTERIOR PISO MODESTO. TARDE.

(MARISA, vestida con una sencilla bata, atareada ante una máquina de coser, que maneja con pericia, pasando una tela bajo la aguja que la perfora a buen ritmo mientras acciona el pedal. Al poco, se abre una puerta y aparece EMILIO, con el chaleco desabrochado, tratando torpemente de introducir unos gemelos en el ojal del puño de una camisa blanca.

MARISA le mira, deja su tarea en la máquina de coser y dice, solícita.)

MARISA.— Traiga, traiga, don Emilio.

(EMILIO, algo incómodo, se acerca a MARISA, para que le coloque los gemelos, lo que ella hace con rápida habilidad; luego él se abrocha el chaleco y mira a un lado y a otro buscando algo. MARISA, siempre servicial, se levanta y acude a un perchero de donde descuelga la chaqueta del elegante traje de EMILIO y le ayuda a ponérsela, lo que él agradece mascullando.)

EMILIO.— Gracias, gracias.

(MARISA vuelve a la máquina de coser y reanuda su tarea, observada por EMILIO que, inquieto, mira hacia la puerta por donde salió; consulta su reloj de pulsera, parece que va a hablar, se arrepiente, hasta que, haciendo un evidente esfuerzo, dice a MARISA.)

EMILIO.— La niña me despacha, si he entendido bien.

(MARISA, concentrada en su trabajo, no mira a EMILIO; en su tono tranquilo se cuele una leve sonrisa, que procura disimular.)

RESÚMENES / ABSTRACTS

MARISA.— A punto está de conseguir el título. Gracias a usted, don Emilio.

EMILIO.— Confiaba en que mi protección se extendiera un poco más allá.

MARISA.— Nunca agradeceremos bastante su generosidad.

EMILIO.— Ahora que habíamos alcanzado un equilibrio entre madurez y juventud, decrepitud y lozanía, vulgar lujuria y lascivia inocente. Cuando el motor en dos tiempos funciona a pleno rendimiento resulta que hay que pararlo. Ya veo que ni la madre ni la hija han pensado en mí.

MARISA.— La niña tiene un novio, don Emilio, con el que no podemos seguir jugando al tío de América.

EMILIO.— Voy a vivir en carne propia lo que mis subordinados llaman despido injustificado.

(MARISA no puede contenerse y estalla en una sonora carcajada. EMILIO la mira más desconcertado que molesto en el momento en que sale RITA por la misma puerta que cruzó el caballero, con un uniforme de dependienta que se acaba de poner y que es preciso abrochar por detrás; se acerca a MARISA para que lo haga.)

RITA.— Mamá, por favor.

(EMILIO, al verla, reacciona y se precipita, solícito.)

EMILIO.— Dejadme a mí.

(Las dos mujeres intercambian una mirada cómplice, mientras EMILIO se dispone a abrochar los botones del uniforme, lo que hace con rápida pericia; cuando termina, RITA se vuelve a él.)

RITA.— Yo creía que lo tuyo era más bien lo contrario.

(EMILIO la mira sin comprender.)

RITA.— Sí, desabrochar, descalzar, despojar, desnudar, en la más amplia extensión de la palabra.

RESÚMENES / ABSTRACTS

(Ante el gesto de fastidio de EMILIO, RITA se vuelve a MARISA.)

RITA.— No sabes, mamá, lo bien que este señor te arrebató todo lo que llevas, desde la cinta del pelo hasta el último calcetín. Y con cada prenda te quita también, uno a uno, otros bienes invisibles, que van cayendo al suelo junto a la camiseta, el sujetador, las medias: la vergüenza, la dignidad, las ganas de vivir, el amor que creías sentir por el chico de enfrente, el gusto de mirarte al espejo... tesoros sin peso ni color que se evaporan cuando, completamente desnuda, me acerco a la ventana para entornar el visillo. Al señor le gusta la penumbra, ¿sabes, mamá?

(MARISA, ahogando un sollozo, pega un brinco, tira la silla y abandona corriendo la máquina de coser y el cuarto. EMILIO levanta la mano a RITA, que lo mira, desafiante.)